



interceptando el paso

Había un hombre en la puerta, pero pensé que si yo no le daba importancia él tampoco me la daría, y franquéé el umbral sin saludarle y luego, cuando quise comprobar dónde me encontraba, me di cuenta de que ya estaba subiendo por una empinada escalera. Frente a mí había una pared llena de desconchones y de toscos garabatos infantiles. Me sorprendió enseguida que los garabatos, entre los cuales me pareció observar una tortuga que apenas asomaba la cabeza y un ciervo que descendía por una pronunciada pendiente encogiéndose los cuartos traseros y extendiendo los delanteros, de modo que el conjunto se asemejaba a un gracioso y pintoresco triángulo, estuvieran a una elevada altura, casi a dos metros del suelo, y no tardé en sorprenderme a mí mismo buscando, no sin alguna inquietud, el mueble rojo sobre el que se habría encaramado el niño para realizar su dibujo. Sin embargo, no había a la vista ningún mueble, o tal vez lo había,

después de todo, pero, a causa de la oscuridad que, como una especie de hollín, dominaba el primer tramo de escalera y que, por otra parte, ascendía, aún más densa e inescrutable, por el segundo, sólo me fue posible vislumbrar una esquina extrañamente desnuda pero menos desconchada que el resto, como si allí hubiera habido una vez, pensé, alguna rara variedad de mueble de los que emplean a menudo los nativos, tal vez un aparador alto o una consola sobre la cual, dicho sea de paso, habría sido muy peligroso que se encaramase un niño, especialmente si la consola era de ésas un poco inclinadas que utilizaban antiguamente los escribanos para redactar sus informes y para rellenar sus formularios de oficina. ¡Qué grande es esto!, pensé, lo cual, a decir verdad, era muy extraño, porque, teniendo en cuenta que nunca había estado allí y que nadie me había dado ninguna referencia exacta del lugar, yo nunca pude con-



cebirlo ni más grande ni más pequeño de lo que en realidad era. Por lo demás, como no pude dejar de apreciar enseguida, aquel lugar, o por lo menos lo que de él podía ver, que no era más que el rellano entre el primer tramo de escalera y el segundo, era extraordinariamente exiguo, de una estrechez francamente abrumadora, y de pronto tuve la agobiante sensación de que había allí algo interceptando el paso y la, aún más agobiante, aunque también, por otra parte, comprensible, de que si me ponía de lado debería encoger los hombros y pegar los brazos al cuerpo para no quedar encajado entre la pared y la barandilla. Y, en efecto, cuando me puse de lado casi me di de bruces con la pared, a pesar de que había tenido la precaución de girarme muy despacio y con los brazos completamente pegados al cuerpo. En esa incómoda posición, cuanto que, como no tardé en advertir, la estabilidad de la barandilla era sorprendentemente precaria, permanecí un instante preguntándome si sería capaz de deslizarme por el hueco del rellano hasta el segundo tramo de escalera, y, justo cuando creí haber reunido las energías suficientes para determinarme a intentarlo, volví instintivamente la cabeza hacia la derecha y vi que el hombre con el que me crucé poco antes en la puerta se había marchado. Verdaderamente había sido una descortesía no saludarle, máxime si tenemos en cuenta que muy bien podía ser un pariente de Martha, en cuyo caso, pensé, la familia tendría todo el derecho del mundo a repudiarme e incluso a enemistarse conmigo, lo que, naturalmente, sería muy perjudicial para la consecución de mis nobles propósitos. Era fácil calcular las consecuencias de esa descortesía mía y lamentarse por ellas y aun sentirse desolado anticipadamente, pero también lo era, tal vez porque, a pesar de que permanecía en la misma posición, había creído posible alzar una mano hasta casi tocar la barandilla, encontrar consuelo en el pensamiento de que el hombre, que, aunque sólo pude verle fugazmente, me pareció muy joven, muy bien podía ser un empleado o mozo de recados del almacén próximo, un perfecto desconocido en resumidas cuentas que habría ido a la casa de Martha o a cualquier otra para llevar un paquete de latas de conser-

va o de bebidas refrescantes, lo cual, por lo demás, era sumamente improbable, no sólo a causa de la hora tardía, sino también, y sobre todo, a causa de la estrechez de la escalera, por la que, según me pareció, sería absolutamente imposible ascender con un paquete, aunque fuera muy pequeño, en la mano. En el umbral de la puerta, y justo en el lugar en que los médicos suelen instalar un brillante chapa con su nombre y con su título, había un papel sujeto con cinta adhesiva en el que podía leerse, muy agradablemente rotulada en

**pero incluso aquí,
privado de movimiento
y circunscrito a habitar
un espacio cada vez
más reducido en el que
ni siquiera es posible
hacerse la ilusión de
una especie de
libertad, se pueden
apreciar los aspectos
agradables de la vida
y hasta, si uno se
siente especialmente
optimista, hacer planes
para el futuro**

caracteres germánicos, la palabra "Tiefeland", y debajo, aunque escritas con unos caracteres desgarrados y de una tosquedad semejante a la de los trazos de la tortuga y el ciervo, las palabras "Academia de mecanografía. A su disposición de lunes a viernes entre las nueve de la mañana y las nueve de la noche". Y aún más abajo, en letras muy pequeñas, podía leerse: "Máquinas Underwood. Método patentado de escritura a ciegas". El papel estaba extraordinariamente arrugado, pero lo más asombroso de todo era que me fuera posible leer incluso las letras más pequeñas a pesar de la distancia que me separaba de la puerta. Este súbito aguzamiento de mi

capacidad visual me estimuló a reconocer más pormenorizadamente la naturaleza del rellano en que me encontraba, y acto seguido elevé la mirada la tortuga y el ciervo y experimenté una sensación idéntica a la que le invade a uno cuando se encuentra, después de muchos años, con su mejor amigo. Allí estaban ciertamente la tortuga y el ciervo, aunque ahora, a decir verdad, parecían hallarse a mayor altura, pero este pequeño inconveniente no me arredró y continué examinando el rellano con la mirada... Aunque ha pasado mucho

tiempo desde entonces creo recordar que fue así, más o menos, como empezó todo. Bien es verdad que no puedo moverme, pero incluso aquí, privado de movimiento y circunscrito a habitar un espacio cada vez más reducido en el que ni siquiera es posible hacerse la ilusión de una especie de libertad, se pueden apreciar los aspectos agradables de la vida y hasta, si uno se siente especialmente optimista, hacer planes para el futuro. A veces, cuando trabajosamente me hago a un lado para dejar paso a Martha o a alguno de sus parientes o a uno de los alumnos de la academia, puedo desentumecer los músculos e incluso estirar los brazos. Esos intervalos de asueto son, en general, muy breves, y luego, naturalmente, vuelvo a adoptar mi posición de siempre, por una parte porque he descubierto que no es difícil esto de interceptar el paso, pero también, por otra, porque los habitantes de la casa ya están acostumbrados a pedirme permiso

para pasar y porque lamentarían mucho, especialmente los niños, a los que nada divierte más que subirse a mi espalda para dibujar figurillas en la pared, tener que verse privados de estos inocentes encuentros en la escalera. Hasta he pensado que si un día Martha, al pedirme que me aparte como acostumbra a hacerlo, dándome un empujón como si quisiera arrojarme por encima de la barandilla, se fija en mí y me dice: "¡Sebastiano!", yo daré media vuelta y me haré el distraído para hacerla riarse. Esas bromas son corrientes entre los enamorados, no hacen mal a nadie, y así, casi sin que nos demos cuenta, vamos pasando la vida.